

CAPITULO I

EL FUNDAMENTO ANTROPOLÓGICO

Algunas precisiones

El primer tema a abordar es el *fundamento antropológico* de la política educacional, cuyo sentido y significado surgen, por una parte, de la realidad personal y social del hombre y, por otra, del carácter de sus relaciones con el mundo, la sociedad, la cultura y la educación. Es decir, se enmarca en la condición humana con sus posibilidades y sus límites. Sin embargo, no siempre este enfoque abierto fue el que sirvió de punto de partida a las investigaciones acerca del hombre. Por el contrario, los positivismos científicos que dominaron en el siglo XIX y comienzos del XX tuvieron, entre otras, las siguientes características:

- La realidad empírica y experimentable era el eje de las investigaciones y el fundamento indiscutible de las teorías e hipótesis.
- Con una visión estrictamente funcional y mecanicista, realizaban una "selección de verdades" que acabó por convertir a la ciencia en un "cadáver de la verdad" (J. Zubiri). Todo se dividía en "compartimentos estancos y en sectores independientes", con distintos grados de desarrollo (F. Braudel).
- Estas ideas se trasladaron también a la antropología, y el hombre se consideró un "objeto" más de investigación. Fue analizado solo en sus aspectos anatómicos, físicos, morfológicos, fisiológicos y funcionales, dejando de lado todas las hipótesis acerca de su unidad y trascendencia.
- Se priorizaban los "rasgos unidimensionales" y un conocimiento atomizado de la realidad, al mismo tiempo que surgía una ciencia del hombre "fragmentada, amalgama o suma de conocimientos parciales".

En síntesis, en un intento simplificador por despejar la "incógnita del hombre", se pretendió encerrar en un esquema funcional toda su realidad, definiéndolo como "un producto de la naturaleza programado para la supervivencia" (L. Sahagun). Puede ser interesante recordar aquí un párrafo de Ilya Prigogine, premio Nobel de Química en 1987, quien sintetiza el carácter cerrado y excluyente de los positivismos científicos: "El triunfo de la ciencia clásica, por muy importante que haya sido, trajo consigo un divorcio entre el hombre y el mundo, cuya importancia nunca podrá subrayarse suficientemente... el mundo exterior aparecía como un autómatas, como un reloj ajustado para siempre, absolutamente opuesto a nuestro mundo interior, en el que - con razón o sin ella - vivimos un tiempo que crea la novedad y en el que nos reconocemos una libertad de elección que fundamenta la idea de racionalidad".

Los nuevos paradigmas

Por tales razones, desde principios de siglo comenzaron a tener cada vez más peso las críticas a la cultura y a la civilización que surgieron con la modernidad y los

cuestionamientos a la ideología del progreso y a sus estrictos preceptos: "siempre más, siempre mejor, siempre más rápido" (H. Kung). También la visión de la naturaleza se "abrió a lo diverso, a lo variable en el tiempo, a la complejidad". Quedó atrás la idea de un mundo material regulado por "leyes puramente deterministas y predictivas" y adquirió cada vez más fuerza el papel de la probabilidad en el desarrollo de las ciencias y de las culturas (I. Prigogine e I. Stengers).

Frente a tal situación, parecía llegado el momento de dar a luz no solo una nueva ciencia del hombre, sino también al "concepto mismo de ciencia", como señala Morin. Comenzaba a resultar evidente que las respuestas acerca del hombre - lo mismo que las referidas a la naturaleza de sus relaciones con la sociedad, la cultura y la educación - debían buscarse más allá de los principios y las metodologías positivistas que se consideraban "uno de los resabios de la modernidad" y de presupuestos ya superados.

Por otra parte, las conclusiones obtenidas a través del manejo del material empírico obligaron a revisar muchas hipótesis que parecían definitivas. De allí la urgencia por construir conceptos y paradigmas abiertos, con el objeto de tender puentes entre las distintas áreas del conocimiento, de los métodos y de las investigaciones y análisis sobre el hombre y su realidad.

Los puentes empezaron a tenderse cuando se comprendió que si las ciencias permanecían aisladas, les sería imposible, "decir por sí solas qué es el hombre, la naturaleza o la sociedad", porque la ciencia favorecía las vías pluralistas" (I. Prigogine). De esta manera se arrojó "una primera piedra contra el gheto" de las ciencias que rechazaban cualquier tipo de acercamiento o de interdisciplinariedad (L. Sahagun).

Los nuevos enfoques, que fueron un punto de partida para muchas investigaciones, pueden caracterizarse así:

- Un "giro antropológico" de las ciencias, que abriría uno de los tantos caminos de la interdisciplina, al confirmar el carácter pluridimensional del hombre y de sus relaciones con la sociedad, la cultura y la educación.
- Un "viraje en redondo" de la antropología, que sustituyó los métodos introspectivos y etnocéntricos por una metodología que privilegiaba las investigaciones de la realidad del hombre y sus distintos tipos de relación como la manera más adecuada de explicar lo humano.
- Un análisis de la realidad humana teniendo en cuenta sus múltiples aspectos: individualidad y personalidad; relaciones con los demás; historicidad y trascendencia; proyección en la historia, la sociedad, la cultura y la educación.
- La elaboración de paradigmas abiertos en el marco de un replanteo de los conocimientos y de los análisis de la compleja realidad del hombre y en torno a ejes interdisciplinarios.

De modo que, a pesar de sus diferencias, las antropologías actuales - exceptuando las corrientes materialistas y reduccionistas - coinciden de un modo casi unánime acerca de

determinados presupuestos, condiciones y necesidades que solo son propias del hombre. Para estos enfoques, la forma más adecuada de plantear los grandes temas del hombre es hacerlo a partir del análisis de sus distintas relaciones, cuya raíz se encuentra en la misma condición humana que les da sentido y trascendencia.

El hombre, realidad personal y social

La nueva visión del hombre como *realidad personal* se afirmó definitivamente en las últimas décadas de este siglo, cuando la multidimensionalidad de lo humano dejó de ser considerada una simple yuxtaposición de características y se definió, por una parte, como una de sus notas distintivas y fundamentales, y, por otra, como un elemento que integra y complementa los distintos niveles de la realidad del hombre.

Los grandes temas de coincidencia pueden sintetizarse como sigue:

- Las antropologías abiertas descubren al hombre como una *realidad personal y social*, es decir como un ser unitario y pluridimensional, enraizado en su mundo, en su cultura y en su historia. Como lo señaló Max Scheler, la palabra hombre expresa, también, "el punto de irrupción de una forma llena de sentido, de valor y eficacia, que está por encima de toda existencia natural: la persona". A la realidad personal del hombre pertenecen una serie de principios constitutivos - trascendencia, unidad, personalidad, libertad, racionalidad, historicidad, etcétera - que lo relacionan con los demás. En este sentido, el hombre es "un principio nuevo en el mundo de lo viviente y representa un proyecto fundamentalmente distinto" (H. Schoeps).
- Por ser persona, el hombre es *constitutivamente ético*. El término *ética* se utiliza en este trabajo teniendo en cuenta sus relaciones con la política educacional y se refiere al conjunto de principios, valoraciones, deberes, derechos, conductas y costumbres que son compartidas por la sociedad y se fundan en la realidad personal y social del hombre. Entre ellas se señalan la dignidad, la libertad y la justicia; la religiosidad y la trascendencia; el derecho a la vida, la educación y la cultura; la solidaridad y la responsabilidad social; etcétera.

También las antropologías contemporáneas han definido al hombre como *persona social*, de acuerdo a los siguientes presupuestos:

- Al hombre se lo conoce naturalmente *viviendo en sociedad*. Allí surgen relaciones dinámicas y significativas que dan origen a innumerables interrelaciones entre los distintos grupos, comunidades e instituciones que configuran la sociedad. Amitai Etzioni, autor de una interesante interpretación de la sociedad contemporánea, afirma que el hombre "no es sino social; lo que es depende de su ser social y lo que hace de su ser social, está ligado irrevocablemente a lo que hace de sí mismo". De manera que la realidad social - con sus leyes, sus costumbres, sus pautas de conducta, su cultura, su educación - penetra en todos los ámbitos de cada existencia personal. Y las acciones individuales solo pueden ser comprendidas en todos sus múltiples aspectos analizando la realidad social de la que forman parte, en la que se afirman o contra la cual reaccionan.

- La sociedad es un *campo móvil* y sin formas predeterminadas; el hombre necesita crear y perfeccionar sus propias formas sociales a través y por medio de la convivencia.
- Aunque el hombre está *instalado* en la sociedad, no lo está en un tipo determinado de sociedad y de una vez para siempre. De allí que necesite de los demás para *construir un mundo* en el cual lograr sus objetivos y sus proyectos (E. Gómez Arboleya).
- La sociedad es un *espacio compartido* cuya realidad sociopolítica, económica, cultural y educativa depende y resulta de una tarea realizada por los hombres, con sus marchas y contramarchas, aciertos y errores.
- El espacio compartido que se construye es también el resultado de las decisiones tomadas por el hombre a lo largo de la historia y forma parte de ella. El hombre *vive en la historia* y está obligado a *vivir de la transformación práctica* y efectiva de la realidad natural para hacerla viable y adaptada a su medida. La historicidad es, entonces, uno de los referentes más importantes para descubrir y explicar las relaciones de los hombres entre sí y con el mundo de lo real.
- La construcción del mundo *no depende de una adaptación innata* o de conductas instintivas y reiteradas: ni los instintos, ni la estructura biológica, ni las tendencias naturales someten al hombre a un medio fijo, constante y cerrado. El orden social, como sostiene Peter Berger, "no se da biológicamente, ni deriva de datos biológicos en sus manifestaciones empíricas. Tampoco se da en el ambiente natural". Tanto por su génesis (es el resultado de la actividad humana) como por su continuidad en el tiempo (solo existe si la actividad humana sigue produciéndolo), es una creación del hombre en la historia.

El hombre, realidad cultural

La necesidad del hombre de construir su mundo presupone un elemento clave, *la cultura*, que, lo mismo que la sociedad, es otro de los *espacios naturales* creados por él. Por eso, la cultura aparece como *la segunda naturaleza* del hombre, *ser cultural por naturaleza*. El hombre siempre ha estado en posesión de bienes culturales que, aun cuando fueran muy rudimentarios, son tan significativos que sin ellos la existencia del hombre sería inconcebible.

A partir de tales consideraciones, las tendencias de las antropologías contemporáneas reconocen la realidad cultural del hombre de acuerdo a estos presupuestos:

- La cultura solo se da en un conjunto social y se transmite como *la forma de vida* y *la tarea* que constituye a las personas en sociedades peculiares, significativas y distintas.
- La apertura del hombre al mundo se pone de manifiesto en la capacidad de dar *respuestas* siempre novedosas a las diferentes situaciones que debe enfrentar: un mundo de cultura es un mundo de *soluciones* (E. Gómez Arboleya). En esta capacidad está el poder para construir mundos culturales siempre nuevos.
- Cada sociedad posee una *interpretación global* del mundo y de su propio papel en ese mundo (A. Gehlen). Por eso la estructuración de los intereses de una sociedad y el estilo

de su cultura se condicionan recíprocamente, por cuanto ambos son interpretación de la realidad e imagen del mundo.

En síntesis, de las afirmaciones de la antropología acerca del hombre como persona y como ser social y cultural se desprenden la necesidad y la importancia de la política educacional y de la educación y la cultura en la tarea de construir un mundo humano y una sociedad democrática, participativa y pluralista. De aquí que las propuestas y las estrategias de la política educacional deban apoyarse en una idea del hombre que lo considere un valor en sí mismo, una unidad indestructible (persona)y, a la vez, un ser abierto al mundo, un "ser especialísimo con historia" (A. Gehlen). Además, tales propuestas y estrategias deberán ser el resultado de una ciencia integradora y capaz de elaborar, con un enfoque pedagógico y un pluralismo metodológico, el "saber" y el "poder" obtenidos de la interdisciplina.